

LA DIALECTICA EN EL EUROCOMUNISMO

POR

J. A. G. DE CORTÁZAR Y SAGARMÍNAGA

Introducción

El tema del Eurocomunismo es hoy por hoy el más importante, a la vez que en boga, de la dialéctica marxista actual y, como es natural, también lo es de los enemigos de este artilingio sutil y peligroso, como una espoleta retardada, que el marxismo levanta, por ahora, ante nuestro momento histórico. El problema ha despertado pasiones de toda clase y abundante literatura. Especialmente en Italia, libros y revistas han consagrado por doquier millares de páginas a la candente cuestión y, hoy por hoy, es el país más prolífico en su aportación al mismo. España le sigue en segundo término, mientras que Francia, con una postura más reciente, figura el último de los tres principales países latinos en su dedicación editorial. En Italia figuran libros como el de Enzo Bettiza, *Il Comunismo Europeo*, que, a pesar de su título generalizador, y como lo dice en su subtítulo, se especializa en realidad en el problema del Eurocomunismo: «Una verífica crítica de l'ipotesis eurocomunista».

Con un estilo más periodístico, porque se trata de declaraciones de líderes políticos italianos de diversas tendencias, se ha publicado también por Francesco Palladino, *Se il P. C. I. va al Governo*. Por cierto, la portada del libro es graciosa: se contempla una fortaleza presidida por la bandera de la democracia cristiana y a la puerta de la cual se encuentra un caballo como el de Troya que forma con la cola la Cruz y el martillo. Enrico Berlinguer, secretario del Partido comunista italiano, ha publicado *L'alternativa Comunista*, que ha sido traducido al castellano con un prólogo de Manuel Azcárate, miembro del Comité Central del Partido Comunista español. Por

su parte, Bernardo Valli, en *Gli Eurocomunisti*, recoge las declaraciones de Jean Ellestein, del Partido Comunista francés; de Paolo Spriano, historiador del Partido Comunista italiano, y Santiago Carrillo secretario del Partido Comunista español. En ellas se resumen las principales ideas de Berlinguer, Marchais, Thorez, Togliatti, Rocher, Aragón, Améndola, es decir, de los principales líderes del pensamiento marxista de los últimos tiempos, muchos de ellos inspiradores del llamado Eurocomunismo. Cesarini Sforza y Enrico Nassi, con su *L'eurocomunismo*, examinan diversos puntos del fenómeno y hasta realizan un ensayo biográfico de Berlinguer.

Dentro de los autores italianos hay que destacar, por su magnífico estudio de Antonio Gramsci —padre para muchos del Eurocomunismo, al que se adelantó más de cuarenta años— el trabajo de Flavio Capucci: *Antonio Gramsci. Cuadernos de la cárcel*. Importantísima contribución al estudio del Eurocomunismo desde un punto de vista católico es la del profesor Del Noce, Catedrático de la Universidad de Roma, en el que tanto se han inspirado Angel García y Paloma Sánchez.

El Francia —donde como he dicho ha sido más flojo el tratamiento del tema, como no sean las críticas de Althusser dentro de la ortodoxia soviética— uno de los trabajos más importantes y que más nos interesan a nosotros, es el *Demain l'Espagne*, con una importante participación de Carrillo. Este ha publicado también en España su *Eurocomunismo y Estado*, del que también nos ocuparemos. La vertiente española frente al Eurocomunismo está constituida por los magníficos trabajos de Petit, en *Cristiandad*; por *El Eurocomunismo*, de Angel García, y *Eurocomunismo*, de Paloma Sánchez Gómez. En Estados Unidos hay que recoger con especial atención el trabajo de Carl Boggs sobre *El marxismo de Gramsci*, de buena información y pobre interpretación.

En España un grupo de escritores llamados Lanegi, Ardanza, Haramburu, Garmendía y Elorza, han presentado, con el título de *Eurocomunismo y Euskadi*, una obra verdaderamente destacable por su pobreza mental, al borde del alcantarillado periodístico.

Ideas generales

Nada mejor para iniciar este trabajo, desde el punto de vista de las ideas válidas, que mencionar las palabras de Petit en su artículo «Eurocomunismo», publicado en la prestigiosa revista catalana *Cristiandad*. A mi modo de ver, la capacidad de síntesis de Petit le hace digna de figurar al frente de mi charla ante ustedes. Petit define acertadamente al eurocomunismo como «una nueva ofensiva social —son sus propias palabras— terriblemente destructora». Para añadir después: «Nueva versión de un comunismo que primero se declara no estaliniano, después no leninista, pero siempre se define como marxista». Petit continúa con su ejemplar síntesis: «Las gentes se preguntan si el Eurocomunismo es o no el comunismo, sin haberse planteado primero qué es el comunismo. Teniendo sólo de éste un conocimiento superficial, basado en las versiones liberales, fundamentalmente economicistas de la sociedad, concluye que efectivamente ha habido un cambio sustancial en esta política. Pero esta no es la cuestión esencial. En las famosas *Tesis sobre Feuerbach*, verdadero catecismo del marxismo, no aparece ninguna referencia a la cuestión económica o productiva».

Más adelante, el profesor de Barcelona escribe: «Lo que el marxismo ha venido a revolucionar, entiéndase a "destruir", no es la actividad económica de la sociedad, sino a toda la sociedad». Acertadamente resume esta labor como una destrucción «de todas las relaciones humanas, la familia, la educación, la autoridad de cualquier clase que sea, las relaciones económicas, las comunidades municipales, nacionales o internacionales y, en general, toda expresión de la ley natural que la religión define como ley eterna puesta por Dios en el corazón de todo hombre». No olvida el citado autor de tan espléndidas palabras, «que todo eso para el marxismo son estructuras opresoras incompatibles con la dignidad de una humanidad consciente».

Consecuencia de todo esto es que el Eurocomunismo —seguimos nuevamente al pie de la letra al profesor de Barcelona— es una realidad irrenunciable para el porvenir del comunismo. Pero no es

—y esto lo quiero subrayar por mi parte— ningún revisionismo, ni ninguna modificación, sino la esencia misma del comunismo, la única que es conforme con sus iniciales y constantes fines. El comunismo que en tiempos de Lenin operaba sobre todo en las centrales obreras, está ahora presente en toda la realidad humana y su presencia es hoy posible de un modo especial merced a un fenómeno del que se habla ahora mucho menos que hace unos años: el progresismo nacido al amparo de las clases socialmente burguesas.

Más adelante, con brillantez y claridad ejemplares, Petit sostiene: «Para cumplir esta subversión de todos los valores, por vía dialéctica, el Eurocomunismo requiere desviar la armonía natural propia de la relación humana. Es preciso, pues, presentar estas relaciones como conflictivas y opresoras... El esquema propio del comunismo —lo aclara Petit— no ha cambiado en lo más mínimo, simplemente se ha extendido a todas las esferas». Estas esferas —resumo yo— son, por ejemplo, la rebelión de la juventud, los movimientos ilegítimos de la liberación de la mujer, las «luchas» de los trabajadores, el control de la información, todas las llamadas por el comunismo estructura opresora. El profesor de la Universidad de Barcelona termina su artículo con estas palabras: «El Eurocomunismo es llevar la lucha y el odio a todas las manifestaciones de la convivencia humana». Y un poco antes recuerda: «Que si los políticos demócratas creen que el Eurocomunismo puede ser ya aceptado como un partido con el que se puede dialogar y al que cabe admitir en el juego parlamentario porque dicen que han renunciado a la violencia, a la dictadura del proletariado y a la lucha de clases, es que están ciegos».

El nombre

El nombre de Eurocomunismo no ha sido acuñado por los comunistas. Esto lo reconoce el mismo Carrillo, que en su libro *Eurocomunismo y Estado*, pone la palabra Eurocomunismo entre comillas. La palabra fue inventada por un periodista del *Giornale Nuovo*, de Milán, dirigido por Indro Montanelli, que asegura que el creador del famoso título es un redactor de su diario apellidado Barbieri.

Pero el éxito fue rápido. En la famosa concentración de los partidos comunistas francés e italiano en Pantin, en los alrededores de París, se utilizó con frecuencia, aunque los líderes siguieran escribiéndolo entre comillas. La cuestión se planteó principalmente entre dos nombres: Neocomunismo y Eurocomunismo. Al fin se decidieron, con cierto temor, a aceptarlo provisionalmente con el nombre de Eurocomunismo. Lo curioso es que Segre, el jefe de la Sección Internacional del Partido Comunista italiano, le empleó desde el principio sin el entrecomillado, aunque en sus relaciones con el comunismo soviético no la utilizaba. Ramón Tamames ha escrito que el término Eurocomunismo tendrá un valor parecido a las famosas expresiones de Churchill y Lippman sobre el «Telón de acero». Aquí se nos puede permitir una pregunta: ¿Servirá el término acuñado por Barbieri para la europeización del soviétismo, o más bien para la soviétización de Europa? Siguiendo a Bettiza podríamos decir que estas sutiles distinciones o parecidas ya fueron formuladas por Kautsky hace ya medio siglo con su distinción entre «Partido Revolucionario» y «Partido que hace la revolución».

Antonio Gramsci

Aunque en general los eurocomunistas hablan escasamente —concretamente Berlinguer en sólo una ocasión en su obra *L'alternativa Comunista*, menciona a Gramsci— hay que partir de la base de que éste ha sido el inspirador, con más de cuarenta años de anticipación, del Eurocomunismo actual. No faltan quienes creen que Berlinguer con su *Compromiso Histórico*, es el verdadero padre del colosal peligro que amenaza la civilización. La crítica está abierta: Así, el católico Del Noce, profesor de la Universidad de Roma, da a Gramsci un puesto preponderante en la idea eurocomunista. Chiamonti, en cambio, cree que no tiene ninguna originalidad, y afirma que es sólo un epígono del eclecticismo marxista. Bettiza sostiene que el «elemento esencial entre el mensaje revolucionario de Gramsci es la subordinación de la doctrina leninista de la conquista del Estado a la gradual contaminación ideológica de la sociedad».

Siguiendo a un discípulo ferviente de Gramsci, Carl Boggs, en su libro *El Marxismo de Gramsci*, podemos sintetizar la postura política de Gramsci en los siguientes puntos:

1. Gramsci fue un marxista creativo, captó el aspecto político activo —frente al mecanicismo económico de Bujarin o Marx— de la teoría marxista.
2. Estaba convencido de que la revolución marxista no proveniría mecánicamente del derrumbe de la economía capitalista, sino que debería ser ganada por medio de la actividad humana.
3. No hay posibilidad de que el marxismo se desarrollara en un esquema lineal basado, ante todo, en tesis económicas.
4. La obra de Gramsci es dinámica y basada en un análisis histórico, y en esto —agregamos por nuestra cuenta— es la única que se parece a la de Lenin.
5. El fundamento principal de su sistema es el concepto de praxis, pero reelaborado con nuevos ingredientes, sobre todo de carácter político. Para Gramsci —escribe Boggs— la unidad de la teoría y de la práctica del pensamiento y de la acción, del sujeto y el objeto, no fue solamente una pregunta orientadora teórica, sino el propio centro de su vida personal y política.
6. El papel de la lucha ideológica en el proceso revolucionario se refleja en la hegemonía ideológica, lo que constituye la construcción más original de su obra. Esta hegemonía tiene por fin crear una contrahegemonía de la sociedad actual, o lo que llama Gramsci una nueva cultura integrada. Por eso, la revolución debe ser entendida como un proceso organizado, no como un suceso, en lo que lo fundamental es la transformación de la conciencia.
7. Es necesario un cambio total que abarque todos los aspectos de la sociedad, todas las dimensiones de la existencia humana. Boggs añade: «Los marxistas anteriores a Gramsci, aunque no el mismo Marx, habían concentrado su atención sobre un único

supuesto —especialmente económico—, mientras Gramsci introdujo la noción de "conjuntos de relaciones", que incorporaba a lo económico, pero que también incluía a la política, la cultura, las relaciones sociales, la ideología, etc.».

8. Gramsci presenta una visión de transformación revolucionaria popular y organizada a la vez, con lo que se enfrenta con el marxismo clásico, incluso leninista, partidario de unas minorías decididas capaces de cambiar la organización política y social de un pueblo o de todos los pueblos según la concepción de Trotsky. Sigamos especialmente a Boggs en esta línea que tanto se puede aplicar al fenómeno eurocomunista español: «Esto —dice— implica el conjunto de un partido de masas en la realidad social cotidiana y unido a una red más vasta de estructuras populares (por ejemplo, comisiones fabriles y Soviets), en vez de un partido de vanguardia centralizado construido con el destructivo propósito de alzarse con el poder del Estado».
9. La creación de un marxismo italiano: He aquí la primera versión rápida, concreta y adelantada del Eurocomunismo.
10. Carácter abierto del marxismo de Gramsci. No cerrado a una clase, sino abierto a todos, a toda la sociedad y a todas sus estructuras e instituciones para no aislar a los marxistas de las masas ni para separarlo por medio de abismos. Como acertadamente afirma Boggs, «el empuje fundamental del pensamiento político de Gramsci es el amplio plan general de una teoría marxista de la revolución cultural para las sociedades especialmente avanzadas».

Hablando sobre Gramsci, Augusto del Noce aclara:

«Para Marx, "Sociedad Civil" designa el conjunto de relaciones económicas, y se identifica prácticamente con lo que generalmente llama la "Estructura". Para Gramsci, al contrario, se puede hablar de una autonomía y de un primado de lo que en lenguaje marxista se llama "superestructura": la "Sociedad Civil" designa el conjunto

de relaciones culturales. Las consecuencias políticas de ésto son enormes. Si para Lenin, todavía fiel a la concepción marxista de la "Sociedad Civil", el primer objetivo sigue siendo la conquista del Estado, para Gramsci, en cambio, es el de la "Sociedad Civil", entendida en un sentido propiamente liberal y cultural. El Estado acabará cayendo al final después de que la disolución de la antigua concepción del mundo (la trascendente, la católica) haya tenido lugar en la "Sociedad Civil" por obra de los intelectuales, que tienen que llevar las masas a vivir la nueva concepción imanentista, mundana, laica.» Y yo agrego, «y atea».

Paloma Sánchez, en su *Eurocomunismo*, sintetiza magníficamente el ideario del pensador italiano, a mi modo de ver con más claridad y justicia que Boggs, el fervoroso discípulo de Gramsci, al que hasta ahora hemos hecho referencia: «Lo que llevó a Lenin al éxito en la revolución de Octubre no es apropiado para los países de cultura latina, empapada de cristianismo, enraizado en las costumbres, la moral y el folklore, en la entraña misma del pueblo. De nada serviría una revolución civil o militar que se adueñara del poder, si la mentalidad de la sociedad no hubiera cambiado, secularizándose hasta llegar al ateísmo». En un cuadro muy claro, Paloma Sánchez escribe sobre Gramsci y el eurocomunismo: *Sentido superficial o de apariencia*: comunismo de rostro humano. No lucha contra la religión. Rechazo del totalitarismo. Aceptación del capitalismo democrático. *Sentido profundo*: realidad: estrategia gramsciana o gramscianismo. *Objetivo*: implantación del comunismo absoluto.

Continúa después Paloma Sánchez: Conquista de la cultura. Dentro de esta lucha, escribe Paloma Sánchez: *No*, a la revolución violenta. *Sí*, a la manipulación de las ideas hasta cambiar la mentalidad cristiana en materialista y atea.

Sí, a la infiltración en la Iglesia, cátedra, periodismo, literatura, arte, editoriales y sindicatos.

En otro lugar, la profesora española nos dice que Gramsci hace una distinción capital que Marx no había hecho ni Lenin llegó a comprender por las características de su país. «Gramsci distingue entre "sociedad civil" y "sociedad política": antes de tomar el poder

es necesario conquistar la cultura. Una vez realizado ésto nada impedirá la implantación del comunismo.» Como vemos recoge, desde un punto de vista diferente, la partidista síntesis de Boggs.

Bettiza, en *El Comunismo europeo*, recuerda cómo Gramsci en su juventud habla de algo parecido al «compromiso histórico»: «El catolicismo —dice Gramsci— entra sin concurrencia con el socialismo, se revuelve a las masas como el socialismo y será derrotado y definitivamente expulsado de la historia del socialismo». Y más adelante recuerda las palabras de Lichtheim: «En la celda de las prisiones en las que estaba detenido, Gramsci elaboró una doctrina más totalitaria que la de sus carceleros». Bettiza se pregunta: ¿La doctrina de Gramsci fue pluralista o totalitaria? Para responder: «La verdad más tremenda de su pensamiento es la de un tremendo totalitarismo.

La obra de Capucci

Libro esencial para conocer a Gramsci es la obra de Flavio Capucci. Siguiendo a este autor daremos unas pequeñas notas biográficas sobre el escritor comunista italiano. Nació en 1891 y muere en 1937, después de haber pasado casi nueve años en las cárceles italianas.

Estudia Letras, se afilia al Partido Socialista y pasa después al Comunista, donde con Togliatti, Tasca y Terracini, funda *L'ordine Nuovo*, que poco después se transforma en diario. Su principal inspirador (lo recuerda Capucci), junto con Marx es el historicismo de Croce; su adversario el enfoque mecanicista del materialismo marxista.

De 1922 a 1923 vive en Rusia. En 1928 es condenado en su patria a veinte años de reclusión, y de la cárcel pasa a una clínica, donde muere el 27 de abril de 1937.

Su obra es fundamentalmente fragmentaria, a excepción de *El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce*. Pero el más importante de sus libros, constituido por notas sueltas, son sus *Cuadernos de la cárcel*. En todas sus obras se puede ver como su

fundamental tesis es el inmanentismo más brutal. Capucci escribe: «El marxismo representa para Gramsci el culmen de la moderna filosofía de la inmanencia, el vértice de su máxima coherencia».

El marxismo radicaliza la inmanencia, no sólo negando a Dios, sino extrayendo de esa negación, la valencia definitiva: «La eliminación de cualquier residuo de transcendencia». Más adelante, Capucci continua: «De este modo la inmanencia absoluta lleva al teorema central del gramscianismo: la identidad de teoría y praxis». Capucci sigue más adelante: «La identidad de teoría y praxis funda la novedad filosófica del marxismo, y es, a la vez, el principio de su defensa y la garantía de su éxito. En ella descansa la concepción verdaderamente revolucionaria. De esto se deriva que cualquiera que interprete el marxismo rompiendo esa unidad y dando relieve en el ámbito político al aspecto científico o al moral o al del interés ideológico inmediato, es para Gramsci antirrevolucionario».

Capucci escribe después: «La originalidad de Gramsci respecto al marxismo se encuentra en la expresión de la relación entre Estructura y Superestructura. Para Lenin, dado el primado de la Estructura, el comunismo llega al poder mediante la conquista del Estado; a esta acción seguirá el abatimiento de las Superestructuras burguesas y su sustitución por el pensamiento marxista. Para Gramsci, el país que se distingue por la existencia de una clase media fuerte y culturalmente compacta y por un avanzado nivel de desarrollo, la revolución sólo triunfará si primero se conquista la sociedad civil y, como consecuencia, el Estado. Hace falta, por tanto, sustituir la cultura vigente con una nueva cultura, integralmente marxista, y hacer que se extienda hasta dar origen a un nuevo sentido común: una forma de razonar, una concepción marxista del mundo. Será el mismo pueblo, democráticamente, el que una vez convertido llevará a los comunistas al poder.

Siguiendo los principios de Capucci creemos que aunque parezcan diferentes las posturas del marxismo tradicional y el gramscismo, desde un punto de vista práctico, actual, aunque por distintos caminos, se llega a la misma solución. Sólo es cuestión de táctica. Si en el marxismo histórico hay dos direcciones para la conquista del Estado: la teoría y la praxis, es evidente que al actuar la teoría sobre

la práctica será en cuanto a las circunstancias naturales históricas, la praxis, la que modificará a la teoría, alzándose así por encima de marbetes filosóficos como única realidad la praxis. En las tesis de Gramsci hay una identidad entre teoría y praxis, o mejor dicho, una absorción, por ser idéntica la teoría y la praxis.

La consecuencia, en definitiva, es la misma conquista del Estado para la teoría tradicional que se hará basando en la praxis la modificación de la teoría. Y en la postura de Gramsci, con su concepto de identidad entre teoría y praxis, sólo ésta tendrá los poderes decisivos ante las circunstancias históricas. Por ello, aplicando a nuestro caso concreto del Eurocomunismo una de las partes que integran esa identidad de la praxis puede proclamar alegremente las concepciones eurocomunistas, sabiendo que en el caso de que las circunstancias históricas al ser modificadas darán la primacía a la praxis que no estará obligada a aceptar las poéticas y sibilinas ideas creadas por la parte teórica del binomio. Y así, el pluralismo, la democracia, el respeto a la religión y otras manifestaciones del espíritu, podrán ser barridas, y de hecho lo serán, por el feroz inmanentismo de las ideas gramscianas y de su radical ateísmo. Es la historia, viene a decir Gramsci con su concepción del historicismo materialista, llevada a su máximo extremo, la que determinará los nuevos puntos de la teoría, y así se podrán modificar radicalmente todas las promesas eurocomunistas de pluralismo, de democratización, de liberalismo, etcétera.

En definitiva, y antes de terminar con la postura de Flavio Capucci, añadiremos que según éste la diferencia fundamental entre lo que llama Eurocomunismo y el marxismo-leninismo consistiría —él muy inteligentemente habla siempre en condicional— en el carácter democrático y pluralista —como se proclama— del comunismo elemental, cuya llegada al poder tendría lugar a través del voto popular, es decir, mediante la sustitución del concepto de revolución por el de consenso. «La gestión del poder —escribe Capucci, siempre en condicional— implicaría el respeto de las instituciones democráticas, en cuyo terreno habría prosperado e incluso habría sido legitimado». Como muy bien repite una y otra vez los verbos en forma condicional, esto sería absolutamente necesario. Con el Eurocomunismo

«la dictadura del proletariado se convierte en unidad nacional, o incluso en pacificación nacional». He aquí los antecedentes de la «mano tendida», y ahora en Italia de el «compromiso histórico». Capucci termina este duro ataque al Eurocomunismo con una frase que me permito subrayar: «El encuentro de los comunistas con los católicos es para el eurocomunismo el rasgo más importante de su identidad, es decir, su identificación como vía nacional al comunismo.

Angel García y Gramsci

Angel García, después de haber realizado un estudio profundo sobre Gramsci en su obra *El Eurocomunismo*, destaca, sobre todo, la total y totalitaria aversión de Gramsci a toda religión trascendente. Es —dice— el primer rasgo distintivo de su pensamiento. En esto Gramsci va mucho más lejos que los otros, aunque parezca a muchos más sensato. Pero quitándole la máscara, se advierte que su ateísmo es más total y estremecedor. En otros ha podido ser una táctica, en Gramsci el ateísmo es absolutamente radical. Y es que para lograr la impregnación marxista de la sociedad es necesario eliminar toda idea de Dios, todo trascendentalismo en el círculo infernal del más absoluto inmanentismo. Por eso, aunque parezca el pensamiento de Gramsci un comunismo dulcificado, es mucho más alevoso. Con toda razón ha podido decir muy bien Paloma Sánchez que el eurocomunismo a la sombra de Gramsci no es un ataque frontal a la Iglesia, pero sí intenta cambiar una visión trascendente por otra inmanente, terrenal, que no piensa en el más allá. Su medio consiste en reducir los problemas religiosos a problemas sociales, a sustituir la piedad por la política, a desmontar teóricamente el cristianismo, dando a los cristianos elementos de interés sensibles, que faciliten el paso a crear no en el más allá, sino en el más acá. No hay que hacer mártires, sino enfrentar a los diversos elementos dentro de la Iglesia destruyendo sus dogmas.

El eurocomunismo propiamente dicho

El 3 de junio de 1976, como dice Valli en su obra *Gli Comunisti*, es el día de la creación oficial del eurocomunismo. La reunión —como ya hemos dicho anteriormente— se celebra en París, en el suburbio de Pantin. Sus principales líderes son Marchais y Berlinguer. Después se unirá oficialmente Carrillo. Como dice Valli, estos «partidos» —según afirman— respetan la libertad de pensamiento y de expresión, de prensa, de reunión y de asociaciones, la libre circulación de las personas en el interior y en el exterior, la inviolabilidad de la vida privada, la pluralidad de los partidos políticos, el derecho a la asistencia y a la actividad de los partidos de oposición, la posibilidad de la alternancia democrática de la mayoría y de la minoría, la independencia de la justicia, el funcionamiento democrático del Estado, etc.». Poco después, en la llamada «Cumbre Comunista de Madrid», en marzo de 1977, en la que estuvieron presentes Marchais, Berlinguer y Carrillo, se afirmó oficialmente: «En la construcción de una nueva sociedad, los comunistas españoles, franceses e italianos, están resueltos a actuar en el pluralismo de las fuerzas políticas y sociales, con respeto, garantía y desarrollo de todas las libertades individuales y colectivas; libertad de pensamiento y de expresión, de libre circulación de las personas en el interior del país y en el extranjero, libertad sindical, independencia de los sindicatos, derecho de huelga, inviolabilidad de la vida privada, respeto al sufragio universal, y posibilidad de alternancia democrática, libertades religiosas, libertad de cultura, libertad de expresión de las diferentes corrientes y opiniones filosóficas, culturales y artísticas». En una palabra, aclaro yo, gramscismo sin Gramsci.

La alternativa comunista de Berlinguer

El trabajo de Berlinguer no es más que el informe al Comité Central y a la comisión central de control del Partido Comunista italiano el 10 de diciembre de 1974. Por ello no hay que exigirle

un tono científico y, para nosotros —dentro del carácter de este trabajo—, tiene escasa virtualidad. Por otra parte, no olvidemos que ya han transcurrido más de cuatro años del mismo, y que con posterioridad, en 1976 y 1977, se proclama por los partidos comunistas francés, español e italiano la doctrina oficial del Eurocomunismo. En la fecha en que está redactado el citado informe no había tenido lugar la concentración eurocomunista occidental y «l'alternativa comunista» tiene un carácter casi exclusivamente italiano.

Más interesante es el prólogo del libro, redactado por Manuel Azcárate, miembro del Comité Central del Partido Comunista español, ya que éste aplica muchas de las afirmaciones de Berlinguer al Eurocomunismo actual y le da forma acusadamente más moderna. Así, al tratar del término Eurocomunismo le llama «corriente nueva de pensamiento marxista, de acción política, que tiene como norte realizar en las sociedades contemporáneas una transformación socialista por vías democráticas; es decir, sobre la base del consenso, del sufragio universal, del respeto de todas las libertades privadas y públicas, de la participación de las masas como factor decisivo del devenir histórico».

Más adelante, Azcárate hace hincapié en «uno de los aspectos fundamentales del texto de Berlinguer» para «perfilar una respuesta a la crisis capitalista, a través de la cual las másas trabajadoras, las fuerzas del trabajo y de la cultura vayan estableciendo una hegemonía en la vida política y social». Es curioso, subrayamos nosotros, comprobar cómo este concepto de la hegemonía, acuñado por Gramsci, no es destacado ni por Berlinguer ni por Azcárate en su relación al pensador italiano.

Más adelante escribe Azcárate: «Con la visión de una vía democrática al socialismo, en la cual el arma para acabar con el dominio que actualmente ejerce una minoría de oligarcas sobre la sociedad, consiste en la voluntad de millones y millones de hombres y mujeres en el consenso ampliamente mayoritario para transformación de tipo socialista, la hegemonía, la capacidad de convencer en el campo político y en el campo cultural, se convierte en la condición misma de todo proyecto encaminado al triunfo del socialismo».

Unas páginas después habla Azcárate de «la revolución cultural»

de Berlinguer. «Las sociedades contemporáneas plantean una serie de problemas nuevos a las fuerzas revolucionarias: la liberación de la mujer, el papel de la juventud, el nuevo papel de la ciencia y de la cultura...». Lo asombroso es que se pueda hablar de todo esto sin mencionar a Gramsci.

Las ideas de Carrillo

En dos ocasiones fundamentales, en *Demain l'Espagne* y *Eurocomunismo y Estado*, Carrillo ha expuesto sus teorías. Por un lado, habla en 1976 de no abandonar las ideas revolucionarias del marxismo, la noción de lucha de clases, el materialismo histórico y el materialismo dialéctico. Para él la concepción de un proceso revolucionario mundial que acabe con el imperialismo, proceso comprendido no como la derrota de tal o cual país, sino la de un sistema social que cada vez es más nocivo para todos los países, incluso para aquellos a los que la historia permitió utilizar ese instrumento para darse a un nivel de vida superior y un papel hegemónico sobre los demás, es un tema esencial de las ideas de Carrillo. «Y esa victoria sobre un sistema injusto tiene que tenerlo cada pueblo con su lucha propia... ¡No estamos volviendo a la social democracia! En primer lugar porque no descartamos de ninguna manera la posibilidad de llegar al poder revolucionariamente si las clases dominantes cierran los caminos democráticos y se produce una coyuntura en que esa vía sea posible».

En *Demain l'Espagne* escribe Carrillo: «A propósito de la colaboración con los católicos, algunos camaradas, al parecer sectarios, nos preguntaron si iba a cambiar nuestra ideología. Les contesté con una pregunta que os parecerá simplista: desde que hemos empezado esta política ¿cuántos camaradas conocéis que se hayan vuelto creyentes? En cambio, ¿cuántos católicos se han vuelto comunistas?»

En ese mismo libro se puede leer: «Es claro que el paso a la democracia puede ser una transición pacífica, o sea, que podrá hacerse sin guerra, lo cual no significará que no haya luchas. Tampoco excluyo la posibilidad de que el paso de la dictadura a la demo-

cracia sea un resultado de un movimiento del pueblo y del ejército, como ha ocurrido en la Historia. Esto significa que no hemos excluido la hipótesis de la violencia si la convergencia que nosotros deseamos no llega a reunir las fuerzas necesarias para realizar el cambio».

Una síntesis del libro más característico del secretario del Partido Comunista español —*Eurocomunismo y Estado*— nos da su propia portada posterior: «¿Qué es el eurocomunismo? ¿Es un hábil disfraz, una maniobra táctica para la conquista del poder o, por el contrario, una traición a los principios revolucionarios, un retroceso a las posiciones socialdemócratas? En este ensayo, que está llamado a alcanzar honda repercusión, Santiago Carrillo define al Eurocomunismo como una concepción estratégica autónoma, en trance de elaboración, nacida de una experiencia propia y de una realidad concreta, que constituye el único modelo revolucionario posible en los países capitalistas desarrollados. Rasgos característicos del Eurocomunismo son, según Santiago Carrillo, el pluripartidismo, la vida parlamentaria y, muy especialmente, la consideración de que las libertades democráticas y los derechos humanos representan un logro histórico irrenunciable del progreso humano». A causa de esto, dice más adelante Carrillo: «Ciertos correligionarios y muchos adversarios nos han atacado de oportunismo, de abandono del internacionalismo en favor del "nacionalismo", de "antisovietismo", de deserción de la "posición de clases" y, en una palabra, de algo que tiene una connotación tan confusa como "terrorista": "Revisionismo".»

Más adelante se escribe: «En cambio, nuestros adversarios políticos o incluso ciertos aliados, nos atacan o emiten reservas desde otro ángulo; dicen o sugieren que puede tratarse de una simple "maniobra coyuntural", en unos casos para facilitar el entendimiento de otras fuerzas democráticas y salir del *ghetto* de la clandestinidad, en otros para lograr mejores resultados electorales, en último fin para abrir los caminos más fácilmente hacia el gobierno y, una vez en él, cuando nos sintamos fuertes, "dar el golpe y quitarnos el antifaz".»

«Para las vías que nos proponemos —la conquista de un socialismo que mantenga y enriquezca dándoles además nueva dimensión

económica y social, las libertades democráticas políticas y los derechos humanos, que son un logro histórico irrenunciable del progreso humano—, para la realización de este ideal —escribe Carrillo— no basta con que nos desembaracemos de algunas fórmulas acuñadas por nuestros teóricos —como la de dictadura del proletariado—, ni que afirmemos nuestro respeto por el juego democrático. Hace falta un análisis racional de la sociedad capitalista desarrollada de hoy y su contexto mundial; de la consecuencia del progreso de los medios de producción y las nuevas estructuras sociales que ha promovido. Se impone, particularmente, el estudio del Estado actual y, sobre todo, de las posibilidades de transformarlo por una vía democrática, e, igualmente, la profundización crítica de las ideas del marxismo.

Claro que todo esto trae consigo un cambio de postura de la práctica marxista. «En la historia del movimiento obrero —afirma Carrillo— hubo polémicas célebres —Engels y Dühring, Kautski y Bernstein, Lenin y Kautski—, y es que, como dice más adelante, «las revoluciones proletarias se revisan a sí mismas y los revolucionarios también».

Al llegar a esta altura —reconociendo lo lógico de su argumento, dentro de sus posiciones marxistas— yo me pregunto: ¿Qué clase de revisiones fueron éstas? Sólo parciales; sobre temas concretos, casi geográficos o, en todo caso, económicos, de un país. Ahora mismo Carrillo quiere revisar la táctica del Partido Comunista español con su Eurocomunismo. Pero fijémonos en sus palabras: «Las fuerzas conservadoras españolas serían más felices si frente a ellas hubiera un partido comunista dogmático, sectario, aferrado a posiciones superadas, que continuara imaginando la revolución española como un simple calco de otras revoluciones anteriores, porque un partido así (fijémonos en ese inciso) sería sumamente vulnerable».

Carrillo habla después de los aparatos ideológicos del Estado y de su utilización; se enfrenta benévolutamente con la Iglesia, a la que ve en una profunda crisis, pese a los esfuerzos de los teólogos progresistas, encabezados por Teilhard. Con respecto al Ejército lo trata de halagar desde sus conocidas bases; a la familia la ve en trance aún lejano de ruptura con el sistema social. Sobre la justicia dice

que se ha iniciado ya la crisis; para terminar, sostiene «que la revolución socialista ya no es exclusivamente necesaria al proletario, sino a la inmensa mayoría de la población». Comprendiendo la absoluta inanidad de los argumentos expuestos por Carrillo desde los campos filosóficos e históricos de un marxismo opresor de las conciencias y de la personalidad, hay que reconocer que desde su punto de vista no deja de poseer un discreto encanto para la burguesía bobalicona, cuna de todos los progresismos, que son algo completamente diferentes del verdadero progreso espiritual.

Otras críticas

Aparte de las que se han ido mencionando —y muchas veces repitiendo—, marginalmente, en la exposición del tema —las de Petit, Capucci, Del Noce, Paloma Sánchez y Angel García—, hemos de tener en cuenta preferente de la crítica de Bettiza —ya mencionado antes como expositor— que no puede ser más clara ante este conjunto de ideologías eurocomunistas. Dice que los eurocomunistas cargan principalmente el acento de su propaganda en el concepto de un pluralismo muy vago. Se habla mucho de pluripartidismo. No hay —escribe Bettiza— ningún documento comunista occidental que designe con suficiente limpieza analítica la diferencia entre pluralismo y pluripartidismo. Como hay algunos grupos en Polonia y Alemania Oriental no reconocidos como comunistas, aunque lo sean pero sin llevar el nombre, esto puede convencer a los extranjeros de la existencia de un pluralismo que sirva solamente de fachada a la real «dictadura del proletariado», que es decir la del verdadero aparato comunista. En los partidos eurocomunistas se habla de la existencia de pluralismo, pero, como escribe Bettiza, sería mucho más simple hablar de «sistema de libertad», «sistema pluralístico» o «respeto a la alternancia democrática del poder».

Por otra parte, y desde otras posturas en la crítica del Eurocomunismo, es interesante recordar la opinión de Mandel, filósofo y economista del Partido Comunista belga sobre el Eurocomunismo. «Esta vuelta (la del Eurocomunismo) —dice— es literaria, porque

de hecho ya se produjo en el VII Congreso Internacional Comunista en 1935, con la política del Frente Popular, reafirmado por Stalin en 1945, y más tarde por los partidos comunistas francés e italiano. La teorización de esta práctica no hace más que confirmar la involución de estos partidos. Para mí esto va a suponer consecuencias graves en las luchas obreras en la Europa occidental». Y oigamos ahora esto con atención, que recogemos del magnífico trabajo de Angel García sobre el Eurocomunismo. Mandel escribe: «La esencia de la dictadura del proletariado indica que es imposible cambiar de régimen social dejando intacto el aparato de Estado de la vieja clase dominante».

Por último, como síntesis válida sobre el eurocomunismo, recogamos las ideas fundamentales de un artículo sin firma de *Cristianidad*, de Barcelona: «El Eurocomunismo intenta tres sistemas para asegurar su triunfo: Desarrollando una política ante los líderes no comunistas con el objeto de desarmarles espiritualmente; demostrando la posibilidad de una libertad política, social y hasta de actividad privada ante el posible triunfo de las ideas eurocomunistas y propagando el comunismo difuso con la introducción del progresismo, de la contestación, de la agresión social de un comunismo posible.

Síntesis

El Eurocomunismo no es un nuevo marxismo; es el mismo marxismo de siempre. Pío XI definió y resumió genialmente la misma esencia del marxismo: su materialismo dialéctico y su materialismo histórico. Para el marxismo, según el gran pontífice, sólo existe una realidad: la materia que evoluciona y que tiende a un perpetuo conflicto de fuerzas. Y en esta doctrina, asevera el Papa, no hay lugar para Dios, ni diferencia entre espíritu y materia (recuerdo a este propósito la oscura postura de Teilhard, desafortunado profeta del progresismo), entre cuerpo y alma, no hay, en una palabra, vida segura.

Como advierte muy bien Ousset todo el marxismo va contra la noción de Ser y, en su consecuencia, de lo que es Verdad. El propio

Ousset, en su magnífico libro *Marxismo-Leninismo*, recuerda las palabras de Daujat: «Resulta que en el marxismo la filosofía no existe sin la acción, que ella se confunde con la acción misma, puesto que sólo afirma lo que la acción le obliga a afirmar, de suerte que no hay filosofía sin acción marxista, que la acción revolucionaria es de la misma esencia, porque la misión de la filosofía es realizar la más eficaz acción material. Para un comunista consciente de su marxismo el comunismo no es una verdad, y es por esto por lo que puede contradecirse constantemente sin conversión ni hipocresía, en virtud de su marxismo mismo, conservándose perfectamente comunista. El marxismo es una acción.»

Ya admitamos la diferencia entre teoría y práctica, ya admitamos como Gramsci que la teoría y la práctica son idénticas, que son la misma cosa, la consecuencia respecto de los cambios estructurales o tácticos del marxismo serán siempre los mismos. Si la teoría influye en la praxis pero la praxis es la que en virtud de su contexto materialista dialéctico e histórico modifica la teoría, o si teoría y praxis son la misma cosa, la consecuencia será idéntica: en cualquier momento se puede afirmar lo que se negó antes o se puede negar lo que antes se afirmó. Por tanto, las promesas democratizadoras y pluralistas del Eurocomunismo pueden ser perfectamente modificadas según las estructuras sobre la praxis con la que se opera y cambiadas radicalmente de destino o de dirección. Y pueden dar paso al verdadero marxismo de brutal tiranía. ¿Qué valor tienen las declaraciones eurocomunistas de pluralismo, de democratización, de libertades, si por las circunstancias del momento histórico o el cambio de estructuras sociales, pueden ser absolutamente modificadas? La praxis revolucionaria —sea al margen de la teoría o sea la misma teoría— dirá en cada momento su última palabra.

Si seguimos a Gramsci sobre la impregnación del marxismo en la sociedad a través de la cultura nos podemos preguntar: ¿Será éste un fenómeno rápido? Yo no lo creo así. El marxismo exigirá siempre la inmediata marxistización de la sociedad con su inmanentismo feroz, con la desaparición de los valores del espíritu, y esto con audacia y rapidez. Si esto no se lograra, se jugaría la otra carta: la de la revolución sin entrañas.

Y es que el Eurocomunismo, como el marxismo, del que no es más que una manifestación, son esencialmente lógicos: saben dónde van, cuál es su objetivo, y disponen para él de varias vías. En cualquier momento pueden hacer la elección de la vía que deseen aunque sea a base de sacrificar violentamente a todas las demás. Lo curioso es que con esto engañan a los que están deseando engañarse. Pero de sobra saben que por un camino o por otro intentarán desde la modificación de las Estructuras (tipo Lenin, o sea, revolucionariamente) o de las Superestructuras (tipo Gramsci) el asalto al poder. Con este aparato ideológico y práctico, con esta táctica, han encendido un cartucho de dinamita en la civilización occidental. No hay verdad ni mentira según ellos. Hay evolución, hay historicismo, hay materialismo dialéctico que todo lo impregna, que todo lo interpreta, para desembocar en la más desesperanzada y triste vida espiritual, porque ésta, para ellos, no existe.

Los eurocomunistas, como los marxistas en general —aunque sea repetir ideas anteriores—, son lógicos hasta la médula de los huesos. Como no existe la verdad, existe sólo el movimiento dialéctico, lo que hace, lo conveniente, sin sujeción a ninguna ley. No se les puede acusar de traición. En su propio programa, con sus afirmaciones que en cada momento pueden tener direcciones diferentes y aún contrapuestas, está la razón universal de su ideario. Es el sistema del cambio, del evolucionismo exagerado. De que lo que hoy es verdad mañana puede ser mentira, y que, por ejemplo, la no lucha de clases, la no dictadura del proletariado, la no falta de libertad que hoy proclaman, pueden ser un día exigidas en sentido contrario basadas en razones de una ley histórica diferente.

No olvidemos, por último, unas estremecedoras palabras de Gluchsmann (aunque nos separen un mundo de ideas y sentimientos de él), uno de los «nuevos filósofos» franceses (aunque él no acepte el nombre), en su obra *Los maestros pensadores*, en la que afirma que el marxismo, sea cual sea su nombre, desemboca en el Gulag. Pero llega a más. Esta existencia del Gulag se inicia con Stalin, pero asciende a Lenin, a Marx, a Hegel, a Fichte y a la propia Revolución francesa. Concretamente acusa a Marx (y, claro está, a sus discípulos) y a los demás pensadores alemanes (Fichte, Hegel y Nietz-

che) de haber trazado determinados caminos intelectuales: culto a la revolución total y final, el estado terrorista por el bien de la colectividad; la Ciencia (social) que permite conducir a las masas a pesar de ellas. «Estos caminos —escribe— no desembocan directamente en el Gulag, pero conducen a la no resistencia al Gulag». Y esta no resistencia al Gulag, en definitiva esencia propia del Eurocomunismo, es la situación con la que aquí y ahora los españoles nos vemos las caras.